



AÑO III

Revista ilustrada Hispano-Americana.

NÚM. 128

SUSCRICIÓN PENÍNSULA

	Directa.	Por comisionado.
Tres meses..... pesetas	3	3,50
Seis meses..... "	6	7,00
Un año..... "	12	14,00

Número corriente, 25 cénts. Atrasado, 50.

Madrid 15 de Junio de 1890.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

→ CLAUDIO COELLO, 13, MADRID ←

Teléfono núm. 2205.

SUSCRICIÓN AMÉRICA

Cuba y Puerto Rico, seis meses. 3 pesos 60 centavos oro
" " un año.... 5 " 30 "

NÚMERO SUELTO: Un real fuerte.

Filipinas, un año..... 6 pesos fuertes.
En los Estados de América fijarán el precio los señores Corresponsales.

SUMARIO

Crónica de la Moda, por Blanca Valmont.
Carnet de la Moda, por Clementina.—
Explicación de los grabados.—Labores.
Los millones (continuación), por Julio Claretie.—
Conocimientos útiles: el seguro de vida, por la Secretaria.—
A la luz de la lámpara, por El Abate.—
Preguntas y respuestas, por la Secretaria.—
El regalo de este número.—Anuncios.

Crónica.

NUNCA han ofrecido como ahora, las últimas creaciones de la Moda, mayor variedad y belleza en los trajes y en los adornos. Las admirables combinaciones que se hacen con las preciosas telas que constituyen la novedad, con los encajes que gozan del mayor apogeo y con las joyas que, colocadas artísticamente por la fantasía femenil, producen efectos tan sorprendentes como mágicos, demuestran cuánto hemos avanzado por la encantadora senda del buen gusto y de la distinción.

Entre los colores que dominan, colores que por lo tenue y delicado de su tonalidad más son matices, domina el blanco, que es y será siempre el que marque la suprema elegancia. En uno de los últimos bailes á que he asistido, en uno de los más aristocráticos salones parisienses, admiré á dos hermanas, las dos bellísimas, que



NÚM. 1.—TRAJE PARA RECIBIR



NÚM. 2.—TRAJE PARA RECEPCIÓN AÑO III.—NÚM. 128

vestían del mismo modo. Falda redonda de gasa blanca sobre transparente, liso y recto, de raso blanco; cuerpo fruncido á la virgen, también de gasa sobre transparente de raso, y cinturón y lazos de raso en los hombros. Por todo adorno ostentaban en el cabello, que era de un negro puro, una estrecha diadema de oro con perlas engastadas. ¡Qué sencillez y qué buen gusto!

En el capítulo de las joyas reina la más completa libertad. No sólo se adornan con ellas los trajes de baile, empleándose para sujetar un recogido, para engastar una hombrera y para otras infinitas adaptaciones. La fantasía se extendió á los trajes de paseo y de visita, y es muy frecuente ver señoras con flores de rica pedrería en el lado izquierdo del pecho, á guisa de decoración.

En una palabra: la Moda lo permite todo á condición de que las iniciativas personales contribuyan á la belleza, y con la belleza al encanto.

Las parisienses más distinguidas se hacen merecedoras de esta amable libertad, y por esta razón la Moda actual está á mucha distancia de aquellos tiempos en que las señoras, tanto en la forma como en los colores de sus trajes, parecían uniformadas.

Donde se admiran estos progresos y estas maravillas es en las grandes recepciones. Noches pasadas ofrecían un aspecto encantador los salones de la princesa de Sagán, que reúne todas las semanas á sus amigas, aunque por tandas, para evitar la aglomeración, y, por tanto, la falta de lucimiento de los trajes y los prendidos. La Princesa, que es en extremo original, ha organizado sus *soirées* del modo más agradable. Precede á la recepción una comida de veinticuatro cubiertos; y al terminarse llegan los invitados, que no pasan en total de doscientos; las señoras de gran gala y los caballeros con frac de color, que se halla en todo su apogeo.

La elección de los invitados también es original. A la primera recepción sólo ha convidado á matrimonios jóvenes. A la segunda han concurrido únicamente solteras y solteros, las primeras con sus respetables mamás. A la tercera acudirán las pintoras, escultoras, literatas y artistas de más fama. Estas fiestas terminan con un cotillón, en el que los accesorios no son los juguetes ú objetos que de ordinario se emplean para este complicado baile, sino preciosos abanicos, elegantes sombrillas, bastones y joyas de señora y de caballero que los convidados reciben á título de regalo.

En algunos salones ha vuelto á bailarse el rigodón clásico, que había quedado relegado á las fiestas palatinas de gran ceremonia.



NÚM. 3.—CUADRO BORDADO AL PASADO

relato de un tristísimo drama, en el que han sido protagonistas dos niños. Es una dolorosa lección para los padres que no cuidan á sus hijos con el esmero que exige el cariño, y ha producido profunda emoción en cuantos han tenido noticia del lamentable suceso, acaecido recientemente en París.

Dos hermanitos, el mayor de siete años, el menor de cinco, solían ir solos desde la casa de sus padres, honrados y modestos industriales, hasta la escuela, no lejos de su albergue. Una de las últimas tardes, al salir de la clase, tomaron el camino más largo, deteniéndose delante de los escaparates de las tiendas, y saboreando gozosos la libertad que disfrutaban, sin más temor que el de ser reprendidos por llegar tarde á casa. Pero los papás eran buenos y les perdonarían aquel ratito de expansión.

Al pasar por delante de una tienda de comestibles se recrearon contemplando unas cajitas muy engalanadas con papel de colores y cromas que contenían frutas en dulce.

¡Qué felicidad poseer una de aquellas cajas! ¡Cómo se regalarían con las peras en conserva, con las ciruelas acarameladas, y con qué gusto llevarían á su herma-

Una boda aristocrática que se ha celebrado recientemente, ha introducido una innovación en los trajes de novia. La joven desposada lucía uno preciosísimo, estilo Luis XV, de piel de seda con solapas de raso crema. Es muy de moda combinar el blanco nieve con el blanco crema, y esta fantasía empleada hasta ahora en los trajes de baile, se ha extendido á los trajes nupciales.

La primera representación de la ópera *Zaira*, en la Gran Ópera, ha sido un acontecimiento y ha señalado una novedad, ó mejor dicho, una transformación. Las flores que en los primeros días de la Primavera constituían el adorno predilecto de las señoras, han sido sustituidas por medias lunas de brillantes, y en cambio, formando preciosos ramos, adornan los antepechos de los palcos. La noche de la función que he indicado, la más escogida sociedad parisiense ocupaba los palcos y butacas. En los primeros aparecían lindísimos ramos de preciosas flores que embalsamaban la atmósfera. Esta agradable novedad se ha repetido en los demás teatros, y casi todas las señoras consideran para asistir á los teatros, como accesorio indispensable, un bonito ramo de flores.

Después de haber cumplido mi grato deber de informar á las lectoras de los esplendores de la vida elegante y de las innovaciones menudas de la Moda, juzgo que les interesará el



NÚM. 4.—BANDA BORDADA AL PASADO

nita alguna de aquellas golosinas! El precio no era excesivo: dos francos cada caja; pero entre los dos no poseían un solo céntimo.

Las frutas eran tentadoras; por otra parte, no pasaba ni un alma en aquel momento y la tienda parecía desierta. Los niños se miraban y se comprendían. El deseo ardía en su infantil corazón. De pronto el mayor coge una de las cajas. «Corre,» dice al pequeño. Y los dos, fuera de sí, parten como saetas, al mismo tiempo que el dueño de la tienda sale tras de ellos y grita: «¡A esos, á esos! ¡Detenedlos! ¡Me han robado!»

Los niños, sin saltar la presa, corrían figurándose que el mundo entero los seguía de cerca. Un delegado de la autoridad les dió el alto, y las pobres criaturas se detuvieron muertas de miedo.

En esto llegó el dueño de la tienda, el agente se informó de lo que había pasado, comprendió que había sido una niñada, y quitándoles el cuerpo del delito, que entregó á su dueño, se limitó á echar una reprimenda á los niños.

— Por vuestro aspecto se ve que sois hijos de una familia acomodada; vuestros padres serán honrados...

— Sí, señor, exclamaron los niños entre sollozos.

— Pues bien; por ser ésta la primera vez que cometéis tan fea acción, me limitaré á contar á vuestros padres lo sucedido, á fin de que ellos os castiguen como mejor les plazca. A vosotros sólo os diré que todos los criminales empiezan como vosotros habéis empezado, y si no se detienen á tiempo, acaban en el patíbulo.

Es de advertir que se formó un corro numeroso, y que el agente, al ver que tenía público, hizo un discurso de la más tremebunda moralidad, con lo cual quedaron anonadados los pobres chicos.

Al terminar les dijo con una mezcla de severidad y cariño:

— Ahora, id á vuestra casa.

Los niños, seguidos de otro camarada, que es quien ha podido referir todos los detalles, se alejaron profundamente conmovidos.

— ¿Qué hemos hecho? murmuró el más pequeño.

— ¡Una cosa muy mala! dijo el mayor. En cuanto lo sepan los papás, se avergonzarán de nosotros, y nuestra mamá no querrá besarnos, y nuestra hermanita no querrá jugar más con nosotros... porque... ¡somos unos ladrones!

— Eso es... unos ladrones... ¡Dios mío! ¡Dios mío!

— Yo no tengo valor para ir á casa.

— Ni yo tampoco.

— ¡Hacéis bien, les dijo el camarada. ¡de lo contrario os aguarda un buen castigo.

— Eso sería lo de menos.

— A estas horas ya lo sabrán.

— El agente habrá ido á decirselo.

— ¡Nuestro papá se pondrá furioso!

— ¡Mamá se morirá de pena!

— No nos queda más que un recurso, dijo el mayor al más pequeño.

— ¿Cuál?

— Morir.

— ¡Ah! sí... sí. De ese modo no haremos sufrir á nadie.

— ¿Quieres ir á nuestra casa y decir á nuestros papás que, arrepentidos y avergonzados, hemos decidido morir? dijeron á su amiguito.

— Voy ahora mismo, dijo el camarada echando á correr.

Los dos hermanos, resueltos á llevar á cabo su terrible resolución, se encaminaron hacia el Sena.

Empezaba á anochecer, y sin hablar una palabra más, con una decisión que sólo de pensarlo se hiela la sangre, se arrojaron al río.

Cuando sus padres, desolados por la noticia, corrieron á los malecones inmediatos á su barrio y buscaron con doloroso afán á las criaturas, no pudiendo imaginar que hubieran realizado su fatal anuncio, un buen hombre que los había visto arrojarse al agua y que se apresuró á prestarles auxilio, después de gran trabajo, los sacó del fondo del río abrazaditos y ya ahogados.

Cuanto se hizo para devolverles la vida, fué inútil.

¡Qué triste drama, no es verdad?

¡Las pobres criaturas, víctimas de la tentación de un instante, hubieran sido dos hombres de bien!

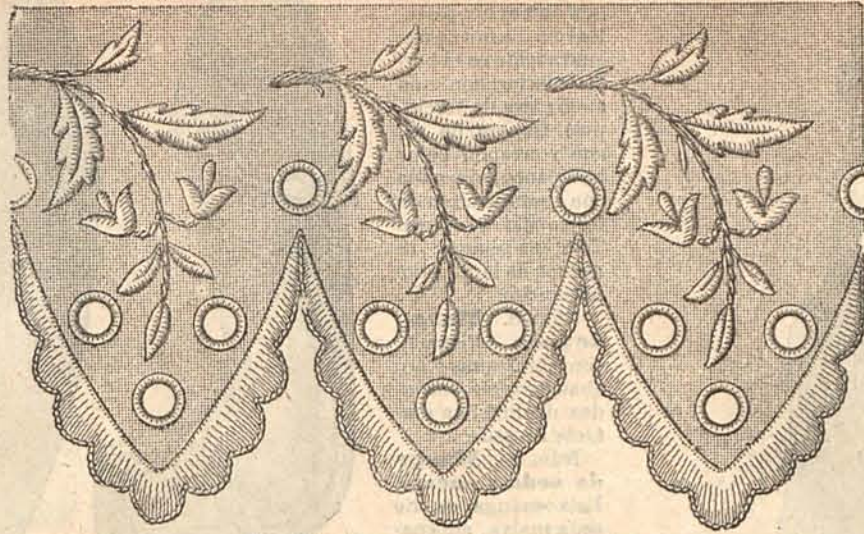
¡Qué dolor y qué remordimiento para sus padres!

BLANCA VALMONT.

Carnet de la Moda

Abrigo la esperanza de que este número ha de ser muy bien recibido por aquellas de nuestras suscriptoras que se complacen en vestir á sus niñas con elegancia y buen gusto. En las planas del centro encontrarán un completo panorama de cuantas novedades ha ideado la Moda en trajes para niñas, desde la edad de doce á catorce años. Los modelos son á cual más lindos, y reúnen á la sencillez, la gracia y frescura indispensables á toda *toilette* infantil, razón por la cual me permito recomendarlos con toda eficacia.

En la sección de *Labores* aparecen un cuadro y una banda, bordados al pasado, dignos de singular



Núm. 5.—TIRA DE BORDADO INGLÉS

la parte alta de la cabeza y de allí baja hasta el cuello formando una graciosa cascada de bucles.

La Moda introduce muy limitadas variaciones en el capítulo de los guantes, y por esta razón me limito á recordar que durante la estación calurosa los de piel de Suecia de tonos claros, como masilla, gris, marfil, etc., se usan con preferencia para vestir. Los guantes y mitones de seda sólo sirven para mañana ó medio vestir.

Ya que en el presente número consagramos la mayoría de los grabados á la exhibición de trajes para niñas, creo justo y de notoria utilidad dar algunas noticias acerca de los trajecitos que usarán los niños de cuatro á nueve años en el ya próximo verano. Las formas de los trajes infantiles del género masculino sufren muy ligeras alteraciones, y con pequeñas variaciones de detalle, siguen gozando de la preferencia de la Moda las blusas marineras abiertas sobre camisetitas de *surah*, las blusas rusas fruncidas y cerradas en el lado izquierdo del pecho bajo un galón bordado, ó de finísima pasamanería, y las entalladas chaquetas, con delanteros sueltos sobre bordados chalecos. En cuanto al pantalón, es siempre corto, ajustado ó ligeramente bombacho, sin ningún adorno, ó á lo sumo con un estrecho galón colocado sobre la costura del costado.

Las telas que se emplean para formar estos trajes son: la franela completamente blanca ó con listas encarnadas, azules ó color de rosa, la *cheviote*, juego de damas, rayada ó formando caprichosos dibujos en tonos *beige*, azul japonés, gris, malva, etc., y, por último, la alpaca, el dril y el *Vichy* de colores claros, en los que domina el crudo. Los sombreros de paja de la conocida y cómoda forma marinera siguen muy de moda, lo mismo que las gorras *Jockey*. Unos y otras deben hacer juego con el traje. Calcetines de borra de seda ó hilo de Escocia. Zapatos á la inglesa de charol ó cabritilla negra.

Uno de los adornos que más carácter dan á las sombrillas de tul, gasa ó encaje, que tan lisonjero éxito han alcanzado desde su aparición, son las flores. En graciosos grupitos, sujetando un lazo ó un escarolado de encaje, los jacintos, violetas, pensamientos y toda flor de pequeño tamaño, se colocan en diversas y artísticas combinaciones sobre la sombrilla y aumentan los encantos naturales de este aéreo complemento de un traje de paseo.

Dos novedades tengo que señalar, de un interés puramente masculino. Los jóvenes que aspiran á ser elegantes llevan para paseo levita negra, chaleco blanco y pantalón de un tono azul más bien claro que oscuro. Una rosa amarilla adorna el ojal de la levita. Para asistir á los *garden-partys*, ó sea esas fiestas vespertinas que se celebran en los jardines de los hoteles y palacios, es de rigor un completo ó terno de fino paño blanco de irreprochable corte.

No dián los caballeros que los olvida LA ÚLTIMA MODA.

Me despediré de mis queridas lectoras con la descripción de un sombrero *Capricho* para *Carreteras de caballos*. El ala, ligeramente ondulada, es de encaje de plata. La copa, abierta en el centro, se forma con un turbante de tul plata; pero lo que presta á este modelo mayores atractivos es el adorno. En el centro de delante se coloca una rosa grande de gran tamaño; de esta flor parten en opuestos sentidos dos medias guirnalda de rosas que van disminuyendo de tamaño y variando de color hasta juntarse en el centro de detrás bajo un lazo de encaje. De modo que en estas guirnalda se admira una escala de colores que produce un efecto encantador.

CLEMENTINA.

Explicación de los grabados.

Núm. 1. Traje para recibir.—De muselina de lana, fondo verde marino, con ramilletes oro viejo.

ASO III.—Núm. 118.



Núm. 6.—TRAJE PARA RECIBIR



NÚM. 7.—TRAJE PARA PASEO

jo. Cuerpo corto, abierto sobre una camiseta plegada de *surah* oro viejo. Mangas lisas; segundas mangas cortas y muy huecas. Cinturón drapeado. Falda recta, guarnecida en los costados con quillas de *surah* oro viejo. Tela necesaria: 10 metros de muselina de lana, doble ancho.

Núm. 2. **Traje para recepción.**—Cuerpo-coraza de piel de seda azul, abierto sobre una camiseta de crepón de la China, azul oscuro. Mangas lisas, con abullonados de crepón de la China. Falda recta formando media cola, adornada en la parte baja con bordados de fina pasamanería azul oscuro. Tela necesaria: 18 metros de piel de seda y 3 de crepón de la China.

Números 3, 4 y 5. (Véase *Labores*.)

Núm. 6. **Traje para recibir.**—Es de velo listado de un tono azul pálido. Cuerpo plegado y cruzado sobre una camiseta de encaje crudo. Mangas de de velo y encaje, con hombreras fruncidas de encaje. Falda ligeramente drapeada, guarnecida con encajes. Tela necesaria: 10 metros de velo, doble ancho.

Núm. 7. **Traje para paseo.**—Cuerpo fruncido de lanilla heliotropo, cruzado sobre un *plastrón* de terciopelo violeta y sujeto con un corselete de lo mismo. Mangas dra-



NÚM. 14.—FICHÚ



NÚM. 8.—MANGA DE PAÑO



NÚM. 9.—MANGA DE SEDA Y ENCAJE

escocesa, cerrado en el costado y adornado con un puntiagudo canesú de lana lisa. Mangas lisas. Hombreras y carteras de lana escocesa.

Núm. 11. **Manga de muselina de seda.**—Sumamente ancha, fruncida en el hombro y en la bocamanga, con ancho puño de terciopelo bordado.

Núm. 12. **Manga de tul y piel de seda.**—La manga es de piel de seda y se abre en la parte alta sobre un plegado de tul. Un volante de lo mismo rodea la bocamanga.

Núm. 13. **Traje para paseo.**—Cuerpo fruncido de muselina de lana gris de lino, con canesú bordado. Mangas abullonadas. Cuello y puños bordados. La falda se recoge ligera y graciosamente sobre una primera falda, bordada en la parte baja. Tela necesaria: 12 metros de mu-



NÚM. 10.—CUERPO PARA MAÑANA

ro de paja, forrado de gasa rosa y adornado con cocas de cinta del mismo color.

2.º **Traje para niña de diez á doce años.**—Es de *surah* malva. Falda fruncida, guarnecida con galones borda-

selina de lana, doble ancho.

Núm. 14. **Fichú.** Es de gasa de seda lila muy pálido y encaje blanco. Se cierra sobre el pecho por medio de una escarpela de cinta.

Núm. 15. **Panorama de trajes de verano para niñas de todas edades.**—1.º **Traje para niña de doce á catorce años.**—Cuerpo-blusa de velo rosa fruncido en la cintura. Falda también fruncida. La parte baja se rodea con una guarnición bordada. Esclavina formada por tres cuellos fruncidos, montados sobre un canesú bordado. Sombrero de paja, forrado de gasa rosa y adornado con cocas de cinta del mismo color.



NÚM. 11.—MANGA DE MUSELINA DE SEDA



NÚM. 12.—MANGA DE TUL Y PIEL DE SEDA

dos colocados á lo largo. Cuerpo liso, abierto sobre una camiseta fruncida. Mangas huecas. Cuello, puños y cinturón de galón bordado. Sombrero de encaje, adornado con lazos de cinta y grupos de flores.

3.º **Traje para niña de once á trece años.**—Cuerpo corto de bengalina color masilla, adornado con galoncitos de terciopelo coral y abierto sobre una camiseta fruncida. Mangas lisas. Cinturón ruso de terciopelo. Falda plegada á palas. Cada una de estas palas se adorna con cinco galones de terciopelo coral. Sombrero de paja, adornado con abullonados de gasa y lazos de cinta.

4.º **Traje para niña de dos á cuatro**



NÚM. 13.—TRAJE PARA PASEO

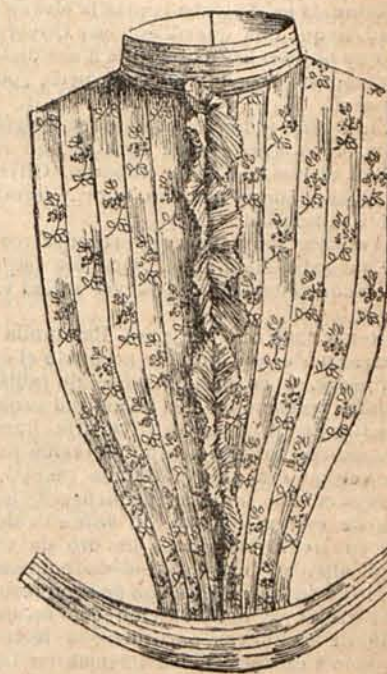
años.—Es de *surah* color marfil. Cuerpo largo, adornado con entredoses de encaje y semicubierto por una esclavina formada por tres volantes de encaje montados bajo un cuello vuelto. Mangas lisas, con puños de encaje. Faldita fruncida, guarnecida con los volantes de encaje. Sombrero de paja, adornado con un doble lazo de cinta.

5.º **Traje para niña de diez á once años.**—Cuerpo de fulard escocés sujeto por medio de un corselete de cachemir. Mangas de cachemir. Falda de fulard escocés, plegada en la parte de atrás. Sombrero de tul fruncido. Un grupo de flores y un lazo de cinta adornan la copa.

6.º **Traje para niña de catorce á quince años.**—Es de velo azul japonés. Cuerpo corto, abierto sobre un *plastrón* bordado y adornado con solapas también bordadas. Mangas lisas, con puños bordados. Falda recta, drapeada en el delantero. La parte baja se guarnece con unaenefabordada. Sombrero de encaje, adornado con grupo de flores.

7.º **Traje para niña de trece á quince años.**—Cuerpo de velo gris ceniza, con *plastrón* de *surah* plata, bordado con *soutache* azul. Falda recta. Sombrero de *surah* plata, adornado con flores azules y lazos de cinta.

8.º **Traje para niña de siete á nueve años.**—Cuerpo fruncido, de batista azulina, con canesú bordado. Mangas lisas con puños bordados. Cinturón de terciopelo negro, cerrado



NÚM. 16.—PLASTRÓN



NÚM. 15.—PANORAMA DE TRAJES DE VERANO PARA NIÑAS DE TODAS EDADES.

detrás por una escarapela. Sombrero de paja, adornado con un grupo de florecitas azules.

9. *Troje para niña de ocho á diez años.*—De muselina de lana londo blanco, con dibujitos rojos. Cuerpo blusa, semicubierto por una chaqueta de seda roja, con solapas bordadas. Mangas y cuello de piel de seda negra. Falda fruncida, de muselina de lana. Sombrero de paja adornado con lazos de cinta roja.

10. *Troje para niña de nueve á once años.*—Cuerpo corto y fruncido, de lanilla reseda, sujeto con un cinturón ruso de seda verde oscuro y adornado en la parte alta con estrechos galones de seda del mismo color. Mangas lisas, guarnecidas de igual modo que el cuerpo. Falda muy ligeramente drapeada. La parte inferior de ésta se adorna con galones de seda. Sombrero de paja reseda, adornado con lazos de cinta verde oscuros.

11. *Troje para niña de doce á trece años.*—De muselina de lana de color marfil. Cuerpo drapeado, adornado con galones de seda del mismo color bordados de plata. Mangas lisas. Falda recta. Sombrero de gasa color marfil, adornado con grupos de flores.

12. *Traje para niña de cuatro á seis años.*—Blusa fruncida de lino listado violeta y blanco, con cuello vuelto de seda blanca, cerrado bajo un lazo de cinta violeta. Mangas abulonadas. Falda fruncida. Sombrero de paja. El ala se rodea con un galon de seda violeta, y la copa se adorna con un doble lazo de cinta del mismo color.

Núm. 16. *Plastrón.*—Es de crespón de la China fondo azulina, con rameados de plata. Se pliega en el escote y la cintura, y se adorna con un doble escarolado de muselina de seda.

LABORES

Núm. 3. *Cuadro bordado al pasado.*—El fondo es de paño o raso de un tono pálido. La quimera del centro se borda con seda de cuatro tonos bronce. Las flores y capullos se hacen con seda encarnada, y las hojas con seda verde oscuro. La cenefa que adorna los contornos del cuadro se ejecuta con seda encarnada, bronce y oro viejo.

Núm. 4. *Banda bordada al pasado.*—Para el bordado de los pensamientos se emplea seda de cuatro tonos violeta y seda amarilla. Los tallos son de color marrón, y las hojas de seis tonos verde oliva.

Núm. 5. *Tira de bordado inglés.*—Muy á propósito para adornar ropa blanca. Se ejecuta al plumetis y punto de festón sobre batista, nansú ó fino percal.

LOS MILLONES

POR JULIO CLARETIE

(Continuación.)

Sobre todo, en la nueva situación de las cosas, no disgustaba en modo alguno á la joven que Giraud, con su aire algo sombrío, que le parecía chusco, entrarse al servicio de Guillemard.

Oliverio irritaba á Raimunda, como un problema que no puede resolverse. Le había visto muchas veces en casa de Ribeyre, y nunca, por más esfuerzos que había hecho, había logrado que el joven le dirigiese una frase amable. Fino siempre, muy correcto, pero ni una sonrisa, ni una galantería; ninguna de esas vulgaridades que nada cuestan y agradan tanto á las mujeres.

No; no se parecía á los otros jóvenes de su tiempo el tal Oliverio. Quizas obraba así porque era pobre. Á Raimunda no la importaba que lo fuera; había muchos jóvenes ricos que pudieran pedir su mano. El orgullo de Raimunda se rebelaba contra la eterna seriedad de Giraud; lo que ella quería era que Oliverio le demostrase que no pasaba inadvertida á sus ojos. En último resultado, esto no podía suceder; pero, ¿por qué no lo contesaba?

En la Opera, todos los gemelos se dirigían á ella; en el Bois, en las carreras de caballos, en todas partes producía efecto... ¡Y, sin embargo, Oliverio impasible!... ¡Qué hombre tan raro el Sr. Giraud! ¡A ella ni siquiera la miraba!

—¡Valiente tonta soy en preocuparme del Sr. Giraud! pensaba Raimunda. ¿Qué me importa á mí el Sr. Giraud? ¿Tiene algo que ver en mi vida el señor Giraud?

No tenía nada que ver; pero Raimunda se alegraba en extremo de que hubiese aceptado el ofrecimiento de su padre, y se proponía hacerle rabiar mucho si guardaba, respecto de ella, su actitud esquiva y hasta mal educada. ¡Cuanto se divertiría burlándose del hurón cuando tuviera tiempo y ocasión para ello!

La verdad era que le faltaba tiempo, ocupada y preocupada con infinitas pequeñeces, ligeras como copos de estopa y volteando ante su voluntad, como sobre su frente los rientos de oro de sus cabellos. Complicaban su vida multitud de cuidados: la moda, el deseo de figurar, la elección de sombreros, la prueba de los trajes, la conversación con las costureras, el estudio de las nuevas partituras, la lectura al galope y el juicio á escape de las novelas en boga y de los artículos de los periódicos que recorría á saltos con la vista, comentando los *menús* de los banquetes, los

nombres de los invitados, los trajes de las damas, sintiendo excitaciones y deseos ante la descripción de todo aquello que llenaba de ruido, de aire, de caprichos, aquella hermosa cabeza de parisiense, dominada por el *chic*. En aquellos momentos estaba además agobiada por una preocupación particular: la de atestar el hotel de la calle Offemont de muebles raros, y chirimbulos.

Desde que Raimunda había leído que se necesitaba reunir en un hotel muchos muebles antiguos y objetos japoneses para que pudiera decirse que estaba suficientemente amueblado, encontraba vacías, deplorablemente vacías, las habitaciones nuevas.

Y al oír esta opinión, Emilio Guillemard solía decir:

—¡Demonio! ¿Cuántas cosas necesitas? Sólo con la factura que ha presentado el tapicero habría para mantener á un regimiento durante un mes.

—¡Ah!... sí; el tapicero. Hablemos de él. El primo Luis tenía mucha razón: todo lo que había llevado al hotel no eran más que simili-antigüedades, muebles copiados con bastante exactitud, pero modernos... modernos... ¡horriblemente modernos!...

—Así serán más sólidos, contestaba Guillemard.

—¡Sólidos! ¿Y á mí que me importa que sean sólidos? Lo que yo quiero es que sean de época, que tengan carácter.

Una ocasión, única quizá, se ofrecía á la joven para transformar el nuevo hotel de la calle de Offemont en un verdadero Museo Guiny, capaz de tentar á los escritores Saphir y Vivienne, y de inspirarles magníficos artículos para sus *Block-notes de un hombre de mundo*.

El testamento con que Ducrey había enriquecido á un tiempo á Luis y á Victor Ribeyre, disponía formalmente que su rica colección fuese vendida en pública subasta, con la condición esencial de que esta venta se verificase en la buena estación; es decir, entre primavera y verano.

El actuario opinaba que, empleando gran actividad, se podrían realizar los deseos del difunto antes que se celebrase la fiesta del *Gran Premio*; así es que el catálogo se hacía á escape, y la subasta debía tener efecto en la misma casa de Ducrey.

El inmueble formaba parte de la herencia. El viejo Silvano había ocupado dos pisos en la casa, y hasta en la misma cochera, en el fondo del patio, había hacinado cofrecitos de varias clases, camas Renacimiento, viejos sillones y otras antigüedades por el estilo, con el frenesí que impulsa á los que tienen la manía de coleccionar.

En aquel mismo patio, decorado por Belloir, cubierto el piso con un tablado, transformado rápidamente en un bazar, con banquetas y silas colocadas como para distribución de premios, bajo un toldo de rayas blancas y encarnadas, debía celebrarse la subasta. Grandes carteles amarillos cubrían las paredes de las esquinas de París, anunciando la *venta de los muebles y objetos de arte de Mr. S. D.*; y otros carteles iguales estaban pegados á los dos lados de la puerta de la casa de la calle Cammartin.

Aquella venta, favorecida por la falta de animación en los teatros y salones, se convertía para París en una apetitosa curiosidad.

La colección del viejo Ducrey, ponderada en todos los tonos, despertaba asombrosos antojos en toda aquella gente, poseída de la fiebre de las antigüedades. Los periódicos hablaban del acontecimiento. Una crónica entera había visto la luz en una gaceta de la vida alegre, con la descripción de los dos pisos, en los que Silvano había amontonado sus preciosos hallazgos, completando el artículo la biografía de los herederos Ducrey.

Genoveva estaba enternecida, y sonreía. ¡Hasta los periódicos hablaban de ella, y le parecía encantador que en letras de molde se aludiese á sus ojos de terciopelo y á sus cabellos de satén negro! Hasta sentía deseos de enviar una tarjeta al periodista para mostrarle su reconocimiento.

Los curiosos se disputaban en casa del actuario y de los tasadores los billetes de entrada para la exposición privada y el catálogo de los objetos que iban á venderse. La antigua casa jansenista de la calle de Cammartin parecía un hotel de la *high life* en un día de *kermesse*.

Los anchos peldaños de la escalera de piedra sentían como caricias el roce de la seda; y en aquel pasamanos en que el tío Ducrey había apoyado no hacía mucho, deteniéndose á cada paso, sus huesosos dedos y sus manos de muerto, se posaban, como pajarillos sobre una rama, multitud de diminutas manos, encastradas en finos guantes.

La casa entera, los dos pisos, estaban invadidos. En el patio, en el pórtico, había una masa compacta de curiosos del uno y del otro sexo, mirándose, dejándose mirar, saludándose, esquivándose y codeándose á través de la sala, en una promiscuidad divertida y original.

En torno de los muebles marcados con un número, delante de las papeletas y los cofrecitos alineados junto á la pared y protegidos por un cordón de seda, se estrujaba una multitud abigarrada, con el catálogo de ventas en la mano.

La vieja Amelia Brunet no salía de su asombro.

¡Ah! ¡Si el señor hubiera visto allí tanta gente invadiendo su casa!... ¡Aquellas apreturas, aquella confusión!... ¡Dios de los cielos!... ¡Y también su cuarto lleno de indiscretos!...

Los criados se encogían de hombros: el señor lo había querido, puesto que había deseado que la venta se verificase allí durante el buen tiempo; y por añadidura solía decir que la tal subasta *daría mucho que hablar*.

Había entre los curiosos grandes señoras auténticas que iban á estudiar la colección del viejo avaro con ánimo de conquistar en la lucha de la subasta lo mejor del tesoro. Sus maridos, que las acompañaban, saludaban, quitándose el sombrero, á las amigas aristocráticas, y solían mirar de reojo á las amigas anónimas, jóvenes, guapas y elegantes, que habían acudido allí como á una representación teatral.

También había viejas: unas de buen año, revendedoras de trajes y alhajas, y otras acartonadas, usureras, que se deslizaban entre las elegantes parisenses, estudiando con la vista, y á veces con las manos, los chirimbulos, los esmaltes, los camafeos, los bronceos que se proponían adquirir, atropelando, sin pedir excusa, á las Condesas y Marquesas que iban allí á comprar, y á las actrices ó entretenidas que iban allí á vender.

Los *reporters* tomaban con el lápiz nota de las personas conocidas.

Victor Ribeyre quiso ver una vez más aquella casa, á la que se proponía no volver. En medio de aquella barandia, buscaba el espacioso cuarto donde quería evocar el recuerdo de la silueta fantástica y burlesca del viejo Ducrey.

Había calumniado á aquel anciano original, que á pesar de las apariencias y de la sequedad de su alma, cuando hablaba con Victor, pensaba en su porvenir y en el de Luis, toda vez que los había hecho ricos.

Si era dichoso, si se había salvado, lo debía á Ducrey; así es que, como impulsado por un remordimiento, buscaba con avidez entre los muebles el sillón con almohadones, en donde de ordinario reposaba el anciano, y hasta sentía una dolorosa opresión en su pecho al ver invadida por aquella multitud alegre y bulliciosa la habitación en donde el viejo había agonizado; y se indignaban las bromas que á aquellos seres indiferentes inspiraban los muebles, los cuadros, todavía colgados en la pared, confundiendo estos comentarios con la reseña del crimen de la víspera, las noticias de la mañana, el estreno de la noche anterior, el último primor de la estación y las demás puerilidades de la conversación parisiense.

Aquellas expansiones en el recinto de la muerte, aquellas bromas, aquellos chistes, disgustaban sobremanera á Victor. Aquello era la vida... la vida sin piedad... la vida que no puede detenerse, pasando alrededor de objetos que á sus ojos eran reliquias.

Los cofrecitos de reluciente ébano; las gavetas de concha; las arcas moriscas con incrustaciones de nácar, que parecían encaje, las porcelanas persas, de tono vigoroso y alegre; los morrillos de hierro forjado; las arañas de cobre; las anforas indias de un verde pálido; las arcillas, los esmaltes, los nácares; todos aquellos objetos heterogéneos colocados allí en los estantes, en las mesas; todos los muebles que se ofrecían á la codicia y al capricho, parecían como entristecidos con esa tristeza muda y lóbrega que tienen los objetos.

Lo que más chocaba á Ribeyre era ver aquí y allá, como huellas de la muerte, los restos del lacre rojo de los sellos recién levantados, que hacían sobre todo aquel lujo el efecto de una herida, y daban á aquellas obras de arte una especie de melancolía fúnebre.

Del mismo modo, aquella visita de la *high life* á la casa de Ducrey; aquel desfile de trajes claros de verano; aquellos rostros risueños, la luz multicolor que penetraba por los cristales, todo aquello, en conjunto, se aparecía á los ojos de Victor como una especie de coctilón elegante y macabro, algo parecido á esas semi-orgías que se celebran en los camposantos el día de la fiesta de los muertos.

Ribeyre experimentaba toda la tristeza de los cuadros que acabamos de evocar. Había querido ver, y había visto: esto le bastaba. Por lo demás, se ahogaba, y por fin llegó al patio, no sin trabajo, por la escalera, en donde dos masas compactas se apiñaban, porque al mismo tiempo querían subir unos y bajar otros.

(Se continuará.)

Por falta de espacio retiramos el artículo *La Vida Social*.

CONOCIMIENTOS ÚTILES

EL SEGURO DE VIDA

La insistencia con que varias apreciables suscriptoras han manifestado el deseo de conocer las ventajas que reporta á las personas previsoras el seguro sobre la vida, ha movido al Director de esta Revista á encargarnos un trabajo destinado á satisfacer, con la mayor sencillez y claridad posibles, la justa y utilísima curiosidad de las señoras.

Vamos, pues, á tratar de complacerlas.

El seguro de vida, tal como lo practican hoy las más fuertes y acreditadas Compañías, es el contrato por medio del cual un individuo del uno ó del otro sexo se obliga á satisfacer una prima ó cantidad fija, ó durante cierto número de años, y una Compañía se

comprometá pagar, inmediatamente que ocurre el fallecimiento del asegurado, el capital convenido y expresado en la póliza, ó también el capital y los beneficios, si así se ha estipulado, en caso de que el suscriptor sobreviva al plazo prefijado en el contrato.

Con esta última doble combinación se armonizan y cumplen mejor y más eficazmente el ahorro y la previsión. — El ahorro solo, por medio de imposiciones, puede no llegar á la formación de un capital si ocurre temprana defunción del imponente. En cambio, la creación de capitales por medio del seguro de vida se realiza acto continuo de fallecer el asegurado; sin perjuicio de lo cual, puede éste mismo recoger en vida el fruto de sus ahorros, si así lo ha contratado.

En los seguros de incendios, agrícolas, marítimos, etc., la prima anual se pierde para el asegurado, porque el asegurador la consume en el pago de los siniestros que ocurren. En el seguro de vida sólo se consume una parte de la prima, y la otra se destina á la formación del capital.

En las demás instituciones de seguros, los siniestros pueden ser parciales, ó no ocurrir quizás, si se adoptan muchas precauciones. En el seguro de vida el siniestro de la muerte es fatalmente cierto, inevitable y siempre total.

El seguro de vida bajo la combinación *mixta-dotai*, y especialmente con *acumulación de dividendos*, es superior sin duda á toda clase de seguros y á toda otra forma del ahorro, como que es la compra en firme de un capital fijo á plazos determinados, con la condición de que si el comprador (asegurado) fallece antes del término señalado, aunque sea en el primer año, el vendedor, ó sea la Compañía aseguradora, ha de condonar los plazos pendientes, entregando en el acto el capital convenido. Por otra parte, si el comprador vive y cumple ese contrato hasta el fin, él mismo recibe el capital, y por vía de premio á su constancia, los intereses de todas sus entregas anuales durante los años transcurridos desde la fecha de cada una de ellas.

¿Quién habrá que, movido por impresionabilidad, tan noble como infundada, desconozca las ventajas morales y materiales del seguro, aun cuando éstas dependan de la pérdida de un ser querido?

Además, el seguro mixto ó dotai, y aun el seguro de vida propiamente dicho, con pacto de *acumulación* de los dividendos que capitalizan las más importantes Compañías aseguradoras, no es sólo para recibir el capital en caso de muerte, sino también en el caso de llegar con vida el asegurado al término de un cierto número de años.

Por supuesto, que aun cuando fuese solamente para el caso de muerte, ni la preocupación ni el mismo respetable sentimiento autorizarían, por ejemplo, á que una madre renunciase á las consecuencias provechosas del seguro sobre la vida del esposo en favor de sus hijos, perjudicando el interés de éstos, los cuales hallarían en el capital de la póliza, á la pérdida del padre, una triste, sí, pero necesaria compensación de su desgracia.

Y no cabe preocupación alguna contra el seguro. Según explicó en defensa de esta institución el reverendo W. R. Williams, «no se trata en este negocio de salir de la incertidumbre y dependencia en que sabiamente nos tiene Dios acerca del tiempo que ha de durar nuestra permanencia en la tierra», si bien es cierto que cabe contar con que todo asegurado podrá quizás prolongar su existencia; primero, porque en ello están interesados numerosísimos consocios de la Compañía aseguradora; y segundo, por natural efecto de la tranquilidad de espíritu del suscriptor, que se reanimará en sus enfermedades al pensar en el porvenir de su familia, que asegura la póliza sobre su propia vida que posee.

Llegará, sin embargo, al asegurado un día inexorablemente la muerte, que no perdona á nadie. Pero entonces, si hizo el sacrificio posible de ahorrar la prima anual de su seguro, para dejar un capital proporcionado á su posición económica, y si vivió honradamente, la muerte no podrá asustarle: no temerá la justicia de Dios ni la censura del mundo; antes por el contrario, experimentará la pura satisfacción de los que llegan al final de la existencia habiendo cumplido todos sus deberes.

Cuando la vida (como dijo el primer orador con temporáneo) sienta que su propio corazón se le cae del pecho á pedruzcos, que en espíritu se levanta hasta Dios, y que sus ojos, con lágrimas hirviendo, por espontáneo movimiento miran al cielo pidiendo como gracia acompañar al esposo en la muerte, cuyas tristezas le parecen preferibles á la pena de la separación eterna; entonces la mujer desgraciada, contemplando á sus hijos, hallará en el bienestar financiero, asegurado para ellos, un lenitivo de su aflicción, el consuelo en su soledad de que sus hijos no perecerán en la miseria, debido al sacrificio que su malogrado esposo y ella se impusieron para adquirir el seguro.

Triste es pensar en la muerte, pero no hay más remedio que pensar en ella. La religión lo exige, la Iglesia lo manda, el interés de la familia y de la humanidad lo recomienda, y los propagandistas del seguro realizan una noble misión al inculcar ideas de previsión, buen orden y economía; que éstas son las virtudes moralizadoras y benéficas de la institución en cuyo examen nos ocupamos.

Alguien ha dicho que la frecuente consideración sobre la muerte es lo que más contribuye á mejorar y aumentar la vida; y añadió San Ignacio de Loyola que, «si todos viviesen como desearían en su muerte haber vivido, todos vivirían santamente». Aplicando esta sentencia religiosa al seguro, puede decirse muy justamente que si todos se asegurasen en plena salud, como desearían estarlo en la hora de su muerte, pocos serían los que dejasen de asegurarse por el capital máximo que les permitieran sus recursos dedicar á este acto de previsión.

Pero, debemos repetirlo una y mil veces: puede contratarse el seguro para que no sea el triste caso de la defunción su único vencimiento, y así queda alejada la idea de que el capital de la póliza sea para su beneficiario, precisa y exclusivamente, obra póstuma del asegurado, bienhechor. — No sólo es posible, sino que debe estipularse, según hemos explicado antes, que si el asegurado sobrevive á un plazo de quince ó de veinte años, por ejemplo, su beneficiario ó él mismo perciban, conforme á la clase de contrato, ora el valor de su póliza, ora la total suma asegurada, y además los dividendos capitalizados á interés compuesto durante dicho período.

En próximos artículos, y en una forma más práctica y detallada, completaremos este estudio, no muy generalizado todavía en España, pero que en Francia, en Inglaterra, y sobre todo en América, es objeto de la mayor atención para las señoras, que, mejor que los hombres, pueden pensar en las contingencias de la vida y en las alternativas de la fortuna.

LA SECRETARIA.

A LA LUZ DE LA LÁMPARA

El buen tiempo. — Abundancia de fiestas. — La procesión del Corpus. — Recuerdos. — *Garden-party*. — La ciencia y la belleza. — Un gran baile. — Exposición de flores y perros.

No á la luz de la lámpara y en el espacio reducido del salón, sino á la espléndida luz del sol y bajo la hermosa bóveda del cielo, se deslizan ahora la mayor parte de los sucesos que sirven de asunto á esta *Crónica*.

Por una de esas transacciones bruscas que hacen el clima de Madrid peligrosísimo, y que son verdaderos golpes de Estado de la naturaleza, hemos pasado de un salto del invierno al verano sin gozar de la grata preparación de la Primavera.

Hace unos cuantos días, lluvias incesantes, días desapacibles, noches frías, el mal tiempo interrumpiendo á cada paso los festejos y trastornando los placeres; ahora sol que abrasa, calor que sofoca; pero al fin y al cabo es preferible esto último, porque ya se sabe á qué atenerse y no hay alteración en los programas.

¿Qué serie de fiestas! *Garden-party* de los señores Cánovas del Castillo, del Cónsul de la República oriental del Uruguay, *kermesse* en el Retiro, concierto y baile en casa de los marqueses de Sierra Bullones, corrida de toros de Beneficencia, inauguración de la Exposición de perros y de flores, procesión del Corpus con todo el aparato que el argumento requiere, funciones de Beneficencia, multitud de sucesos, en fin, que hacen agitadaísima estos días la vida de las damas elegantes y la de los cronistas que las seguimos.

No puedo menos de empezar hablando de la procesión del Corpus. Ya habrán notado las benévolas lectoras que soy muy partidario de la tradición, aunque marchó con mi tiempo, y hay costumbres que me encantan, sin duda porque las veo á través de la dulce poesía de los recuerdos.

Entre las solemnidades que los despiertan más gratos, figura la del Corpus. Cuando niños, nos vestían ese día de verano, nos preparábamos para la procesión deshojando las rosas que habíamos de arrojar al paso de la Custodia; cuando jóvenes, veíamos á las bellas engalanadas con su mantilla blanca y su traje azul ó de color de rosa. Era el día del paseo elegante por la calle de Carretas, de los sorbetes clásicos de Pombó; un día todo luz y aroma en el que la venerada Custodia se destacaba sobre un fondo de tapices y damascos.

Ultimamente, la solemnidad había decaído mucho; y cuando yo supe que el respetable señor Obispo de la diócesis, de acuerdo con las autoridades locales, había decidido celebrarla con gran pompa este año, tuve verdadera satisfacción.

La procesión se ha celebrado, en efecto, con gran aparato; la Reina, con todas sus damas y gentiles-hombres, acudió á presenciarla desde el ministerio de la Gobernación, convertido en un jardín; ha habido altar en el pórtico del Congreso, y la carrera ha sido lucida y larga. Pero ¡qué sé yo! La procesión, á pesar de todo su aparato, no ha resultado como en otros tiempos. ¿Será esta melancolía de viejo, para el que sólo lo pasado fué mejor, como dice el poeta? Quizá sí, y por esto no insistiré; pero estoy seguro de que me acompañan en mis impresiones todas aquellas que lucieron la mantilla blanca en la calle de Carretas al mismo tiempo que la que fué luego emperatriz de Francia.

La música en mi tiempo era otra cosa, dice D. Bartolo en *El barbero*.

Parodiémosle, diciendo que eran también otra cosa las procesiones de nuestro tiempo.

La *Garden party* (partida en el jardín) es una costumbre eminentemente inglesa. En aquel país de las espesas nieblas y de las constantes lluvias se acoge con verdadera delicia el buen tiempo; y en cuanto sus días llegan, los grandes señores que tienen jardines los abren á sus amigos y se distraen en ellos con partidas de *lawn tennis* y de *cruiasse*, con bailes ó con simples reuniones celebradas bajo los frondosos árboles ó en torno de la *pelousse* esmaltada de flores.

En Madrid introdujeron hace algunos años esta costumbre los marqueses de la Puente y Sotomayor, convidando á sus amigos, algunas tardes primaverales, á pasar un rato en lo que llaman modestamente la *huerta*.

La *huerta* es una residencia regia, construida en uno de los sitios más hermosos del Madrid moderno; y el marqués, que es un inteligente horticultor y un hombre de delicado gusto, la ha enriquecido y embellecido reuniendo en su jardín y en sus estufas las más raras y delicadas plantas, y en sus salones las más primorosas obras de arte.

Las fiestas celebradas allí en las agradables horas de las tardes de primavera, parecieron deliciosas; las señoras asistían con trajes de paseo, los señores de levita, se oía música, se bailaba, se merendaba, y los amables marqueses de la Puente obtuvieron un gran éxito aclimatando en Madrid las inglesas *garden party*.

Después del casamiento de su bella hija, la señorita doña Joaquina de Osma, con el ilustre jefe del partido conservador, la *huerta* famosa fué la residencia de los esposos, que llevaron á aquella encantadora morada la belleza y el genio.

— ¡Adiós *garden-party*! dijeron algunos, suponiendo que la felicidad es egoísta y desea aislarse.

Pero no contaban con la amabilidad de la señora de Cánovas del Castillo, que ha querido seguir las tradiciones de sus padres abriendo sus salones y sus jardines.

Y la *garden-party* que allí se ha celebrado hace poco bajo su dirección y su presidencia, ha sido la más brillante de todas.

La residencia, que ya era magnífica, se ha enriquecido con las valiosas colecciones artísticas del Sr. Cánovas del Castillo y con su notable biblioteca, una de las mejores entre las particulares.

Habría pocos sabios mejor instalados que el Sr. Cánovas, y pocas señoras que puedan lucir su hermosura en mejor marco que en el que brilla su esposa.

Aquello es el campo y la ciudad al mismo tiempo; la morada de un sabio y de un artista; un nido formado por la ciencia y la belleza para cobijar la dicha.

Los primeros invitados llegaron casi al mismo tiempo que S. A. la infanta doña Isabel, á las cuatro y media de la tarde; los últimos se retiraban á las once de la noche.

Se vieron trajes de primavera elegantísimos, y sombreros muy caprichosos. Los trajes cortos desaparecen, y vuelven á arrastrar por el suelo los vestidos de calle, porque así lo quiere la voluble Moda.

El baile de los marqueses de Sierra-Bullones ha sido otra de las fiestas notables de la temporada. Los marqueses habitan en la calle de Alcalá el piso primero de la casa de la madre de la marquesa, la condesa de Santa Marca, y después de la muerte de esta distinguida señora, le han convertido en un verdadero palacio, en el que hay una de las mejores colecciones de cuadros antiguos de Madrid.

El marqués, el hijo del ilustre general Zabala, que sigue en el ejército la brillante carrera de su padre, es entusiasta por cuanto se refiere á la milicia, y ha reunido también una valiosa colección de armaduras y armas antiguas. Todos los salones, adornados con profusión de flores, estaban abiertos la noche del baile, y el jardín, iluminado con luz eléctrica, ofrecía un aspecto precioso.

La marquesa, que es una de las damas más elegantes de Madrid, vistió un lujoso traje de color de rosa, y se adornó con algunas perlas de su valiosa colección de joyas, una de las más ricas que existen.

La infanta asistió á la fiesta, luciendo un traje de color granate, con bordados de oro, y un aderezo de brillantes.

Antes del baile se celebró un concierto de bandurrias y guitarras, en el que tomaron parte cuatro hijos del marqués de Bedmar y dos de Monteagudo, que lucen admirablemente el instrumento español por excelencia, el de las serenatas y las fiestas populares.

Después del amanecer terminó el cotillón, en el que se repartieron preciosos juguetes.

La Exposición de perros y la de flores son otros de los alicientes que ofrece hoy el animadísimo Madrid. La primera no ha sido nada más que un ensayo; pero ensayo que demuestra que puede hacerse mucho si se secundan el entusiasmo y celo del vizconde de Trueta, al que se debe el resultado obtenido.

Es verdaderamente curioso ver reunidos en un jardín el tímido faldero de la señorita, con el valiente mastín, guardador del ganado, el perro de lujo y el perro de utilidad, las más variadas castas y los más raros y curiosos ejemplares.

La Exposición de flores es verdaderamente nota-

ble por el sitio en que se halla y por las instalaciones. Otro día hablaré más extensamente de este curioso certamen, que prueba el incremento que han tomado entre nosotros la planta y la flor, esos preciosos productos de la naturaleza que embellecen la vida.

EL ABATE.

PREGUNTAS Y RESPUESTAS

La mar.—La moda de las bridas en los sombreros redondos, que empezó á iniciarse durante la primavera, no ha alcanzado por parte de las señoras todo el favor que era de esperar, sin duda por temor al aumento de calor que aquéllas puedan proporcionar. Sin embargo, están muy dentro de las novedades de este año, y no debe usted vacilar en usarlas, si son de su agrado. Los sombreros más elegantes son de tul ó encaje, adornados con profusión de cintas y flores. Los entredos y puntillas de encaje se emplean con éxito en el adorno de los trajes que me indica.

M. F. P.—Hemos recibido las soluciones á los pasatiempos, y el importe de la renovación. Mil gracias.

Do-mi-sol-do.—Transmito sus deseos á Salvi, y será usted complacida lo más pronto que nos sea posible.

Sin consuelo.—No aconsejo á usted el cambio de color del *fulard*, cuya muestra me envía; esta clase de sedas pierde mucho en el tinte. Tal como es, puede usted utilizarla en un traje de la siguiente forma: Cuerpo corto, con delanteros cruzados sobre una camiseta *plastrón* de *surah* color marfil. Mangas huecas. Cinturón ruso de cinta de seda color marfil, cerrado detrás con una escarapela de gran tamaño. Falda recta. El delantero se recoge ligeramente por medio de una escarapela de cinta, y los costados se adornan con estrechas quillas de *surah* plegado.

L. S. T.—Supongo en su poder el encarguito. Los *Polvos de Candor* cuestan 4 pesetas la caja en Madrid. En el *Carnet* de este número verá usted contestada su pregunta acerca de los trajecitos para sus niños.

A. S. E., Guadalupe.—No puedo anotar á usted bajo el seudónimo que ha elegido, porque lo usa hace algún tiempo otra señora suscritora.

Una abonada antigua.—Las cartas á que usted se refiere no han llegado á mis manos; de no ser así, hubiera tenido mucho gusto en contestar á sus amables preguntas. En el caso que usted indica, se participa á los amigos el cambio de residencia por medio de una tarjeta, con la conocida fórmula S. D. para X. Las servilletas fantasía sólo se usan para *lunch* ó refresco. Sobre cada uno de los platos se coloca una de estas servilletas y un pequeño cubierto de *vermeil* ó plata sobredorada. La colocación de las flores sobre la mesa varía hasta lo infinito, y depende mucho del buen gusto de la persona encargada de arreglarla;

pero por lo general se disponen en jarrones, floreros, ó en la parte alta de los platos montados.

Rubia de Oro.—Siento mucho no poder complacer á usted por esta vez: su carta llegó después de cerrada la cubierta, y por esta razón nos fué imposible publicar su nombre en la lista de las señoras y señoritas que presentaron las soluciones á los pasatiempos. Tomo nota del seudónimo, y siempre recibiré con gusto sus agradables cartas.

A una admiradora de Eiffel.—Para evitar que las medias azules pierdan el color al lavarlas, debe usted echar en el agua que ha de servir para jabonarlas y aclararlas, una corta cantidad de amoníaco. A continuación se pasan por agua pura y se dejan secar á la sombra.

S. L. de U. M.—Tratándose de un traje de esa índole, debe usted adornarlo con pasamanería. Esta clase de adorno está muy de moda, y no abrigue usted temor de que resulte pesado, pues uno de los mayores atractivos de la pasamanería á que aludo consiste en su finura y ligereza.

Mariquita.—El agua de rosa y quina de la perfumería de *Candor* proporciona con su uso excelentes resultados: fortifica el cabello, detiene su caída y alivia los dolores de cabeza. Tendré mucho gusto en encargarme de remitirle, si así lo desea.

Mariposa.—Ha hecho usted muy bien, mi buena amiga, en dirigirse á mí para aclarar sus dudas, y con gran satisfacción le indico un procedimiento para conservar las flores, con el cual se consiguen muy buenos resultados. Se eligen capullos de la flor que más nos agrada, teniendo cuidado de que al cortar el tallo, éste quede de unos ocho centímetros de largo. El extremo inferior del tallo se cierra herméticamente con lacre. Las puntas del capullo se entreabren con la uña, después de haberlos comprimido ligeramente, y se guardan cuidadosamente en papeles de seda. De este modo se puede guardar el capullo ocho ó diez meses. Cuando se desea que la flor se abra, basta cortar el extremo del tallo lacrado, sumergiéndolo por espacio de dos horas en un florero con agua, en la que se habrá disuelto un poco de sal.

Dinorah.—Medias de un bonito tono azul japonés ó azul marino.

Roca de Napoleón.—No conozco ninguna pasta ni líquido para lo que usted desea. Según las costumbres establecidas, en el caso á que usted se refiere, una señora no devuelve la visita ni envía tarjeta. Puede usted usar para diario sombrero de paja negra; pero para vestir es más elegante un sombrero de encaje. Gracias por sus galantes frases y ofrecimientos.

Coral rosa.—No tengo inconveniente alguno en facilitar á usted una receta para hacer el agua de quina. A un cuarto de litro de alcohol limpio se añaden

tres cuartos de litro de agua. En este líquido se echan cinco gramos de quina calisaya en polvo y una corta cantidad de cochinilla. Se deja esto en infusión durante unos días, agitándolo de cuando en cuando. Después se filtra por papel ó franela y se le agregan diez gramos de la esencia preferida. Cubrepolvo de alcaña, fondo anilomado con ravitas negras. En el *Carnet* del núm. 127 encontrará usted descritos varios modelos de cubrepolvo, última novedad.—Traje para baño, de sarga ó franela, adornado con galones fantasía. En cuanto á la forma, pantalón corto y blusa fruncida ó plegada.

Azufre.—En vista de lo que me dice usted en su última y muy grata, me he apresurado á enviar á su hermana el patrón completo de *canastilla*. Su precio en las condiciones expresadas por usted, es 10 pesetas. Va franco de porte y certificado.

Aubépine.—El seudónimo que ha elegido usted significa *Esperanza* en el lenguaje de las flores.

M. F. O. de R.—Las escarapelas á que usted alude se forman con cocas de cinta, sin armazon alguno. Mucho celebro que mis consejos le sean de alguna utilidad.—El núm. 123 está agotado.

LA SECRETARIA.

EL REGALO DE ESTE NÚMERO

Hoja de cuatro páginas de dibujos á dos tintas para bordados artísticos, originales de don Manuel de Salvi.—Contiene los siguientes: 1. Continuación del abecedario para marcar sábanas de lino. 2. Cifra *T* para pañuelos. 3. Babero de encaje *Richelieu* (tamaño natural). 4. Cenefita para canesú. 5. Cifrita para camisas. 6. Enlace para marcar ropa interior. 7. Escudo para centro de pañuelo de nipo. 8. Casco de gorrita para niño, bordado con encaje inglés. 9. Cenefita para canesú. 10. Nombre de *Michel* para pañuelo. 11. Banda para la gorra de niño. 12. Cenefa lambrequín para tapete de chimenea. 13. Conclusión del abecedario para marcar servilletas, igual al publicado en colores por LA ÚLTIMA MODA, para mantelerías.

La Última Moda. Número suelto, servido por los Centros de suscripción, 25 céntimos. Suscripciones directas.—En la Península: tres meses, 3 pesetas. Seis, 6. Un año, 12. Por comisionado, 50 céntimos más cada trimestre.—Cuba y Puerto Rico: Un año, 5,30 pesos oro.—Filipinas: 6 p. f.—Portugal: seis meses, 1,600 reis. Un año, 3,000.

Los Agentes exclusivos de LA ÚLTIMA MODA: en Cuba, D. Juan Juli, Habana; en México, los señores J. Ballester y Compañía; en Buenos Aires, don Marcelino Bordoy; en la República del Uruguay, D. Francisco Arroyo; y en Portugal, Widdes y C.

Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.

Imprenta de E. Rubiños, plaza de la Paja, 7 bis.

RODAJAS PARA SACAR PATRONES.—Precio en Madrid: 1,25 pesetas. En provincias, incluido porte y certificado, 2 pesetas. Diríjanse los pedidos á la Administración de LA ÚLTIMA MODA.

PILDORAS DE BLANCARD
CON
Yoduro de Hierro Inalterable
NEW-YORK Aprobadas por la Academia de Medicina de París, Adoptadas por el Formulario oficial francés y autorizadas por el Consejo médico de San Petersburgo. 1883 1885

Participando de las propiedades del *Iodo* y del *Hierro*, estas Píldoras convienen especialmente en las enfermedades tan variadas que determina el germen escrofuloso (tumores, obstrucciones y humores fríos, etc.), afecciones contra las cuales son impotentes los simples ferruginosos; en la *Clorosis* (colores pálidos), *Leucorrea* (flujos blancos), la *Amenorrea*, *menstruación nula ó difícil*, la *Tisis*. En fin, ofrecen á los prácticos un agente terapéutico de los mas enérgicos para estimular el organismo y modificar las constituciones linfáticas, débiles ó debilitadas. N. B.—El Ioduro de Hierro impuro ó alterado es un medicamento infiel é irritante. Como prueba de pureza y autenticidad de las verdaderas Píldoras de Blancard, exálgase nuestro sello de plata reactiva, nuestra firma adjunta y el sello de la Unión de Fabricantes. Farmacéutico de París, calle Bonaparte, 40. DESCONFÍESE DE LAS FALSIFICACIONES.

Frasco: 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPÉLÉ —
LA LECHE ANTEFÉLICA
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cutis limpio y terso
CANDES et Co. en París

Harina azuada lacteada
preparada por J. Stedman, de Londres. Es el mejor alimento para los niños y personas débiles. Se vende á 3 pesetas lata de medio kilo en las mejores farmacias, droguerías, y tiendas de ultramarinos. Depósito: Mayor, 23, coloniales.
EL JUGUETE NUEVO, COMEDIA DE
salón, en un acto, por Juan de Luz.—Precio, una peseta.—Pídase á la Administración de LA ÚLTIMA MODA.

CREMA DE LA MECA
F. Dusser, inventor.
Conserva la pureza y la frescura del cutis.—Se vende en la Administración de LA ÚLTIMA MODA al precio de 5 pesetas.

En todas las Perfumerías y Peluquerías de Francia y del Extranjero.
La VELOUTINE
Polvo de Arroz
PREPARADO AL BISMUTO
Por CH. FAY, Perfumista
9, rue de la Paix, 9, PARIS

HORQUILLAS INGLÉSAS PARA EL RIZADO Y ONDULADO DEL CABELLO.—Aparatos sumamente delgados quo, sin necesidad de calentarlos, rizan el cabello en breve tiempo.—*Horquilla Mignon*. La caja con cuatro horquillas: 1,50 pesetas en Madrid, 2,50 en provincias.—*Horquilla Patti*. La caja con cuatro horquillas, 2 y 3 pesetas.—*Horquilla princesa de Gales*. La caja, 3 y 4 pesetas.—*Onduladora Margarita*. La caja, 2 y 3 pesetas.—*Horquilla Angélica*, 2 y 3 pesetas.—Diríjanse los pedidos á la Administración de LA ÚLTIMA MODA.

PERFUMERIA DE CANDOR

De M. Félix Manent, químico
PARIS

Polvos de Candor (Blanco, Rosa y Rachel). Precio en Madrid, en nuestra Administración: 4 pesetas caja.

Pomada de Candor: en Madrid, 10 pesetas el bote.

Agua dentífrica de Candor. El frasco pequeño, 2,50 pesetas en Madrid. El frasco grande: 4 pesetas.

Agua de Lavanda de Candor. El frasco: 2,50 pesetas en Madrid.

Agua de ron y quina, para fortalecer el cabello. El frasco: 3 pesetas en Madrid.

Jabón de Candor. La pastilla, 1 peseta en Madrid.

Extractos concentrados. El frasquito encerrado en una elegante caja: 2,50 pesetas en Madrid.

La Administración de LA ÚLTIMA MODA se encarga de remitir á sus suscritoras de provincias los anteriores productos, corriendo á cuenta de las mismas los gastos de porte, y 0,25 pesetas por cada pedido, por gastos de embalaje.

LAMPARILLAS SUMERGIBLES de doble servicio.

MUY LIMPIAS Y BONITAS
Treinta horas de hermosa claridad con los aceites malos y cuatro días con los clarificados.

La caja para 100 servicios: 25 céntimos.

En todos los bazares y quincallerías. Naveau y C.^a 22, rue Dussoubs, París.

Agente de publicidad de LA ÚLTIMA MODA en Alemania: H. Elster—Hamburgo.

LA PATE EPILATOIRE DUSSEY

Privilegiada en 1886, destruye hasta las raíces el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis, aun el mas delicado. 50 años de éxito, de altas recompensas en las Exposiciones los títulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanen de altos personajes del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la excelente calidad de esta preparación. Se vende en cajas, para la barba y las mejillas, y en 1/2 cajas para el bigote ligero. — LE PILIVORE destruye el vello loquillo de los brazos, volviéndolos con su empleo, blancos, finos y puros como, al maripal. — DUSSEY, inventor, 1, RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS. (En América, en todas las Perfumerías). En Madrid: MELCHOR GARCÍA, depositario, y en las Perfumerías PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc. — En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerías LAFONT, etc.